

IN MEMORIAM

A Juan Carlos Plá. Recuerdo y despedida



EDMUNDO GÓMEZ MANGO¹

El querido amigo, Juan Carlos Plá, «Carlitos», poeta y psicoanalista, Profesor Adjunto de Psiquiatría de la Universidad de la República, falleció en la ciudad de México el 26 de junio del 2011. Me enteré de la triste noticia por un mail de Daniel Gil. Busqué su libro de poemas, *Un viejo Buick*, para despedirme de él, íntimamente, dejando resonar su palabra poética en mis adentros. Intenté luego ubicar un Cuaderno de Marcha, el primero editado en México, *Encierro, destierro o entierro*² para releer su trabajo «Reflexiones sobre el exilio», seguido de uno de sus poemas, «tierra purpúrea». Es un texto fuerte, intenso, que expresa la desazón, la rabia, y también la esperanza aún tan vivas en el dolor del desarraigo que recién comenzaba. Está dedicado a la memoria de Luis Pedro Bonavita, Paco Espínola, Luis E. Gil Salguero, a la de su abuelo Jacinto Plá, herido en el Quebracho. La patria forzosamente abandonada, es comparada desde el primer párrafo a la Comala de Pedro Páramo, desolada y espectral, donde se oye el galopar del caballo del Padre. Plá insiste en los rasgos dolorosos que definen el destierro, su inscripción en una tragedia colectiva, la atmósfera de culpa que necesariamente lo envuelve, el sentimiento o la fantasía de un castigo infamante que se prolonga

1 Psicoanalista, escritor. Miembro Titular de la Association Psychanalytique de France. 150 avenue du Maine, Paris 75014. edmundogomez@wanadoo.fr

2 *Cuadernos de Marcha*, segunda época, año I, número 1, México, mayo-junio de 1979.

en el destino inseguro de los hijos, «el dolor incurable por la patria perdida», la incertidumbre apremiante sobre si el desarraigo y su sufrimiento podrán algún día transformarse en una «inédita respuesta vital». Creo que Plá enfatiza el carácter trágico, innegable, de la experiencia del exilio, para subrayar el aspecto de aventura, de destino, de exigencia existencial que ella entraña: «Proyecto. Empezar de nuevo a transgredir, crear, cambiar la vida ahí mismo donde nos está faltando». Y ya en párrafos finales: «De esto se trata. De llevar al país como una fiera herida. De construir no una diáspora pequeña y achicada, sino una respuesta bravía del exilio latinoamericano».

Cuando ingresé en la Facultad de Medicina, en 1958, Plá ya integraba un grupo de «adelantados», de figuras señeras, que los jóvenes admirábamos no solo por sus conocimientos científicos, sino también porque eran verdaderos formadores universitarios: Pablo Carlevaro, Hugo Villar, José Estable (el Rayo), Hugo Dibarboure (el Chiquito), que dirigía por entonces *El estudiante libre*, y otros que sería largo enumerar. También Marcelo Viñar los cita en sus recientes y cálidos recuerdos de Juan Carlos. Ejercían por sus intervenciones en las asambleas gremiales o en las publicaciones de la AEM o del Sindicato Médico, una enseñanza ex-cátedra en la que aprendíamos a volvernos universitarios e incluso ciudadanos. Lamentablemente, cuando llegué a la Clínica Psiquiátrica de la Facultad, dirigida entonces por el profesor Fortunato Ramírez, Plá se había alejado. Preparé el concurso de Jefatura de clínica psiquiátrica utilizando los «apuntes» de Plá: resúmenes de cursos, de lecturas que fueron de inestimable valor.

Me encontraba con él en los cursos del profesor Haymann sobre Heidegger, en la Facultad de Humanidades (el viejo local del puerto), los sábados de mañana. Los seguimos durante un año. Tengo todavía, anotado, el libro del filósofo que explicaba Haymann, en su versión francesa: *¿Qué es la metafísica?*

Llegó el exilio y la separación. Recuerdo la inolvidable visita de Esperanza Pérez de Plá a la madre de Assia, mi esposa, para informarle que el apartamento donde vivíamos había sido visitado de manera ruidosa e intempestiva por hombres uniformados, en nuestra ausencia. Dato que facilitó mucho nuestra apresurada partida.

Nos vimos luego con cierta frecuencia durante algunos años en los que él venía regularmente a París, paraba en lo de los Viñar. Nos decía

que amaba París no solo por sus museos y sus barrios, sino también por el cine. Lo acompañé muchos fines de semana a ver películas que solo pasaban las salas de cinemateca o para aficionados. Saboreábamos los famosos asados «franceses», cortados a la uruguaya y preparados en el hogar de una chimenea de un apartamento de París, proeza que solo Marcelo podía realizar para satisfacción de sus invitados. También íbamos al teatro. Quedó muy viva en mi memoria una representación de *El Padre*, de Strindberg. El padre: motivo central en el pensamiento y en la poesía —en él iban juntos— de Juan Carlos; a él le está dedicado su poemario.

En el año 2000 fui a visitar a los Plá en México, quería entregarle a Juan Carlos en mano propia mi primer libro publicado en Francia, *La Place des Mères* (1999). Pasé con los Plá una hermosa semana. Uno de los recuerdos más intensos de esa estadía fue la visita con Juan Carlos y Esperanza a la exposición de pinturas de Anheló Hernández, que fuera, junto con Ida, gran amigo de ambos, que en esos meses se presentaba en la Ciudad universitaria de México. Las grandes telas de Anheló adquirían en los vastos salones una deslumbrante y renovada significación. Juan Carlos me había comentado algo de una célebre revista *Artes de México*, y de un número publicado por ese entonces dedicado al retrato y la fotografía de niños muertos, de una estremecedora belleza. Me inspiré en ella para mi libro *La Mort enfant* (Gallimard, 2003). La cálida y espaciosa casa de los Plá en el barrio Coyoacán me dejó una duradera impresión: los cuadros de su padre (entre ellos: un impresionante «auto retrato»), Profesor de medicina de renombre y también pintor, la inquietante belleza de una serie de máscaras indígenas que ornaban su sala de espera y su consultorio. Pero fue sobre todo, su conversación, lo que me quedó como imborrable traza: amable, vivaz, entretenida, que compartíamos en las sobremesas de la noche con Esperanza y alguno de sus hijos, y donde había algo de inconfundible, de inimitable que solo podían iluminar la sonrisa y la mirada aguda de sus ojos.

Lo encontré por última vez unos años después, en París, en la casa de los colegas y grandes amigos de los Plá, Dr. Edmond y Marcelle Sanquer. Volvían de un viaje por el norte de España y del país vasco, luego de una estadía en Hendaya. Fuimos con Esperanza a escuchar a Daniel Viglietti que cantaba en *la Maison de l'Amérique latine*. Carlos fatigado, no pudo acompañarnos.

En 1986, Brecha publicó «Carta a un poeta psicoanalista», en la que intenté expresar mis impresiones de lector de su poemario *El viejo Buick*. Yo admiraba en Juan Carlos esa alianza secreta que en él se producía entre palabra poética y palabra analítica. Me había impresionado su poesía lacónica, muy cerca del silencio, áspera, rugosa, quebrada, enigmática, pero también juguetona y festiva. Desde su título, parece estar hecha por fragmentos de trazas, de marcas mnésicas: un viejo Buick también es eso, una marca, una memoria marcada. Las palabras del poema van en su búsqueda, olvidan las imágenes, como queriendo confundirse con las trazas mismas en el acto poético de nombrarlas:

Quisiera deshacer
la palabra, seguirla
deshaciendo, y que al final
la palabra deshecha
desasida, se pusiera
a escribir por sí
sola
sola
sola».

El psicoanalista se siente aquí convocado por el poeta: ir hacia la soledad de la palabra, hasta el confín en el que parece, desfalleciente, reencontrar algo de las trazas inconscientes perdidas; solo la palabra analítica, abandonada a sí misma, desasida, herida, dirigida inevitablemente en la transferencia al otro analista, puede acercarse en los raros y privilegiados momentos de la «cura de habla», a ese murmullo de lo reprimido, de lo callado y mudo, que solo entonces se deja oír.

Después de su desaparición, versos como estos resuenan nuevamente: «Cantará el gallo/ desconcertada noche/ una vez más.../». O todavía el conmovedor diálogo del padre y el hijo, del hijo en el padre, en que las dos voces parecen confundirse en una, la de las «generaciones» que dicen la sucesión de la vida en la aceptación de la muerte, diálogo que se escucha en «esa rara región, rara/ vuelta en la que/ habiendo dos padres/ padre e hijo son / a la vez los dos». Región en la que el conmovedor decir del

hijo recrea en el hoy/ ayer del poema la muerte del padre: «mi padre se ha muerto el veintiuno... ayer me dijo/ Antonio mi hijo».

Sería largo seguir evocando el libro de poemas de Plá. No hay mejor oración fúnebre y laica para un poeta que recordar su palabra poética³.

No puedo comentar hoy su obra de analista. No sé si han quedado trazas escritas de un seminario que durante años profesó en la casa museo de Trotsky, que no quedaba muy distante de su domicilio⁴. Me marcó la lectura de su estupendo «Sueño y tiempo de Freud»⁵. Ojalá que en algún día no lejano puedan reunirse y publicarse sus últimos trabajos.

Quisiera terminar evocando la risa comunicativa y fresca de Carlitos, la que tanto nos alegró, la que quizás iluminó su rostro cuando escribió estos versos inaugurales de *Un viejo Buick*: «cuando yo era niño y mi madre también».

En el poema «tierra purpúrea» (la de la novela de Guillermo Hudson, y la tierra perdida de la patria, ensangrentada por los crímenes del terror de Estado) escribe casi un epitafio:

«no moriré
como debiera
uruguayo
bien medido
sobre tarima
azulada gris
torregarciana».

Murió en exilio, en su querida Ciudad de México, rodeado por Esperanza, su esposa, sus hijos y nietos, y por el recuerdo y el cariño fraternos de tantos amigos. ♦

HENDAYA, AGOSTO 2011

- 3 El lector interesado puede encontrar el texto completo de «Carta a un poeta psicoanalista». Brecha, 7/06/1986, en el sitio web de APU.
- 4 Del destino y del destinar III. Seminario Febrero-Junio 1993. Centro Psicoanalítico Montevalbán, 2010.
- 5 J.C. Plá, «Sueño y tiempo de Freud». En: *A medio siglo del Malestar en la cultura de Sigmund Freud*, a cargo de A. Braunstein, S. XXI, México, 1981.